

Lunes Santo



25 de marzo de 2024

Is 42,1-7

Sal 26

Jn 12,1-11

P. Eduardo Suanzes, msps

Seis días antes de la Pascua Jesús va a casa de Lázaro a cenar. Seis días...Este guiño de Juan a los siete días de la creación, nos permite situar la semana de la Pascua, la que hoy comienza, desde el punto de vista de la creación. Seis días más y será la Pascua, seis días más y la Nueva Creación se habrá concluido.

Se nos presentan los personajes: Lázaro sentado *con los hombres...*; Marta sirviendo; María con la escena del perfume y Judas, el criticón. Los demás a ver el espectáculo.

Lázaro, *con los hombres*, sentado junto a Jesús, es el anfitrión. Él, el que debía estar más agradecido, simplemente se sienta junto a Jesús. Nos representa a nosotros cuando nos acostumbramos a las gracias recibidas. ¡De cuántas muertes nos ha resucitado nuestro Jesús!. Es para asombrarse nuestra capacidad de caer en la rutina espiritual. Una vez recibida la gracia somos apasionados con Jesús; pero va pasando el tiempo y nos acostumbramos y nos convertimos en seres tibios. Es normal que estemos con Jesús sentados a la mesa...Somos sacerdotes, catequistas, religiosos, muy cercanos a nuestra parroquia...Y, con el tiempo, vivimos la cena, la eucaristía, rutinariamente...Y no lo hacemos como si fuera la primera, como si fuera la última, como si fuera la única Misa...Pidamos al Señor la gracia de nunca, nunca, nunca, acostumbrarnos a Él. ¿Saben porque nos acostumbramos? Porque no vivimos de la experiencia, sino del recuerdo. Vivimos de las rentas de experiencias pasadas y no renovadas.

Marta simplemente «cumple» con lo que le obligan las normas de la hospitalidad y ofrece a Jesús cosas para calmar sus necesidades materiales; ella es símbolo de los viejos discípulos: dispersa en actividades para cumplir la ley (atención al huésped). Sumisa a la sumisión de la mujer consagrada por la Ley. Se afana y se queda solo en las labores propias de la mujer que marca la Ley. “*Señor, ¿no te importa que esté María ahí sin hacer nada?*”. A veces también nosotros somos como Marta: cumplidores con nuestros cargos y nuestras obligaciones. Pero somos rígidos y tendemos, como ella, a juzgar a nuestros hermanos si no hacen lo que nosotros hacemos o como lo pensamos. Seremos los “religiosos, los cristianos perfectos”, pero sin alma, sin conmovernos por los sentimientos de Jesús, por sus necesidades. Hacemos las oraciones perfectas, los tiempos que se piden de nosotros, pero jamás hemos ido más allá y no nos hemos preguntado por los sentimientos del corazón de Jesús, por los sentimientos de mi compañero con el que tengo tanto tiempo sin hablarle como Dios manda.

Sin embargo, María se implica personalmente y se dona a sí misma ofreciendo a Jesús lo que éste, como ser, necesita en ese momento: que le escuchen-acojan. Ella es símbolo de los nuevos discípulos: es la que contempla y acoge a Jesús. Por eso es capaz después, como hoy hemos oído, de derramar sobre sus pies y su cabeza el costoso perfume y rompe el determinismo de ser mujer adoptando la actitud de un varón (discípulo). Porque han de tener en cuenta que era escandaloso,

por muy amigos que fueran de Jesús, que María se haya atrevido a entrar en el lugar reservado para los hombres, mucho más que le tocara, mucho más que lo ungiera. Podía entrar, pero para servir como Marta, nunca para mostrar su cariño y ternura como lo hizo.

Frente a ella, Judas. Apegado a su yo egoísta, se muestra, desde ahí, incapaz de comprender lo que significa **ser-en-el-amor**, y, por ello precisamente, se muestra incapaz de reconocer y vivir su propio ser, su ser más real y radical, que es ser-amor: su **verdadero yo**. Ese es el verdadero ser de Judas, como el de todos nosotros: somos seres-amor, eso somos porque somos imagen de Dios. Judas está viviendo un **falso yo** que, por lo tanto, no es real; es el yo de las normas, de los convencionalismos, de la moral estricta. Ese estado en el que se encuentra **le impide captar el amor que es él mismo** (de hecho, nunca muestra amor: siempre es negativo y criticón); le impide, así mismo, **captar el amor que es Jesús** (amor inclusivo que él no comprende); le impide, por fin, **captar el amor que es María** (de quien solo ve la factura costosa del perfume).

¡Qué derroche! ¡Qué despilfarro! ¡Qué desperdicio! ¡Qué afrenta para los pobres!. Esa es la lógica del que no se ha encontrado con Jesús. A veces es la nuestra también, cuando nos situamos fuera de la lógica del amor, cuando nos situamos en la norma, en lo que hay que hacer. Los enemigos atacan, pero solo los amigos traicionan y Judas es de esos.

Jesús aparece en todo el Evangelio como «Señor de la desmesura», del derroche, la pérdida y la entrega y seguirle a él supone participar de esa manera de ser suya y entrar en su lógica.

Podemos visualizar nuestra vida como un frasco lleno de perfume que nos ha sido entregado gratuitamente por Dios para que le respondamos con nuestro agradecimiento y alegría y para que otros muchos puedan participar de ello¹. Y hacernos conscientes de la tentación que sentimos a veces de retener y guardar todo eso para nosotros mismos, de nuestro temor a perder aquello que consideramos valioso: tiempo, cualidades, recursos..., así como de esa tendencia de medirlo y calcularlo que nos incapacita para entender los gestos de quienes lo entregan todo por amor.

Si te das cuenta, la fragancia del perfume de María invadió toda la casa y lo impregnó todo. Y en ese momento, si eres capaz de mirar el frasco hecho mil pedazos sobre el suelo podrás comprender la parábola silenciosa que se narró en aquella noche: **en aquel frasco vacío y roto, esta toda la existencia de Jesús, convocada al vaciamiento y a la muerte.**

Pero precisamente porque el frasco de perfume se quiebra y se derrama, llenará de su fragancia toda la casa, a todos los invitados.

Aquí se sitúa, precisamente, el sentido del texto. Al relacionar Jesús el hecho con su muerte se nos está remitiendo a la clave de interpretación del inicio: «*Seis días antes de la Pascua*». Todo este asunto tiene que ver con la entrega de Jesús, con el rompimiento definitivo de su vida que

¹ CFR. DOLORES ALEIXANDRE, RSCJ, *Contar a Jesús. Lectura orante de 24 textos del Evangelio*. Ed. CCS. Madrid, 2004

se entrega para perfumar el mundo, para llenar tu vida de luz, que es lo que se produjo, precisamente, en el primer día de la creación: se hizo la luz².

Dijimos que Judas protesta. Su protesta se basa en el derroche de dinero, y se pone como pretexto de la misma la atención a los pobres. No se plantea que Jesús, su maestro, sea ahora un pobre, un «último», que merezca el amor-homenaje que le hace María. Es más, al protestar parece como que cuestiona que Jesús merezca tal reconocimiento. Si le amara y estuviera plenamente identificado con él se vería contento por tal homenaje y se sumaría a él. Pero no. Jesús no es nombrado en la protesta, ni siquiera le pregunta por qué acepta tal derroche. Y es porque es tan duro y comprometedor lo que ese Jesús representa y lo que va a pasar (y lo que a los discípulos les espera), que expresan (por boca de Judas) su resistencia a aceptarlo buscando como excusa la atención a los pobres, que todo buen judío debía practicar especialmente durante la Pascua, y refugiándose en un vago «*¿a qué viene ese derroche?*». Es, una vez más, la actitud de miedo y de rechazo de la entrega. La acción de la mujer, con el frasco roto, ha puesto ante ellos la evidencia de la entrega de Jesús y, con ella, el fracaso de toda expectativa de supervivencia o de triunfo. Eso es lo que se niega y se rechaza.

Quien ha enseñado que hay que amar, entregar, hacerse último y estar dispuesto a perder, lo cumple en carne propia. Y este es el camino que se va a proponer a todo discípulo: ***darse a sí mismo***... hasta donde sea necesario, incluso hasta dar la propia vida. Eso es lo que se está poniendo en juego ya en esta escena de Betania, justo antes de la paradigmática última cena (pan compartido = vida compartida) y de la entrega práctica de Jesús en la cruz.

Se trata, pues, de aceptar o no esa entrega de Jesús y, por consecuencia, de querer seguir o no ese camino de entrega-pérdida que va a seguir Jesús. Por eso Judas, símbolo de los discípulos, renunciando a ese Jesús, es decir renunciando a la donación, y asegurando su propia supervivencia no vivirá la Pascua de Jesús, sino que tendrá su propia «pascua».

En la primera lectura de Isaías vemos cómo Dios llamó a su siervo, le tomó de la mano, lo formó, le hizo alianza y lo constituyó en luz de tu vida para sacarte de las tinieblas de tu mazmorra. Él no hace esto vociferando, aclamando y gritando por las calles: Él lo hace en lo más íntimo de tu corazón, partiéndose por la mitad para perfumarlo.

Si estás titubeante como una mecha que aún humea, Él no la pagará, tendrá cuidado de ti y te prenderá, te encenderá: tienes que confiar en que Él es el fuego; si estás resquebrajado como una caña, Él no te partirá, sino que, al contrario, sanará tus heridas. Para eso Él se ha roto.

² Además en la Biblia solo aparece el perfume de nardo dos veces y es en el *Cantar de los Cantares*. La interpretación tradicional judía veía en el *Cantar* una expresión poético-simbólica de las relaciones de Yahvé (el Esposo) con su pueblo Israel (la Esposa). Juan tiene toda la intención de unir este episodio del perfume con la muerte de Jesús entregada por amor.